



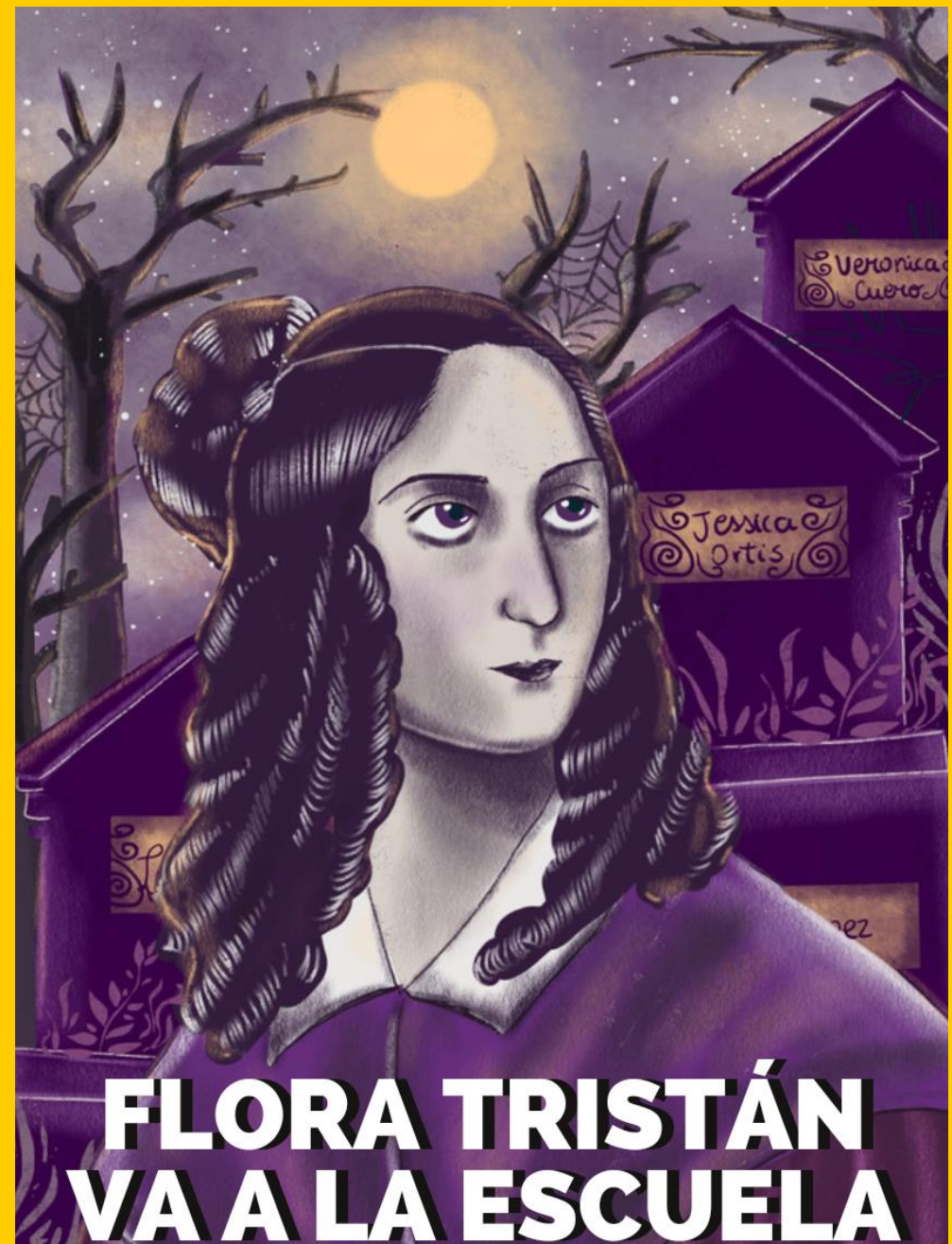
Dana Hart

www.danahartescritora.com



Jeniffer Ilustra

www.jenifferilustra.com



DANA HART

TAPA POR JENIFFER ILUSTRA

Instrumento Literario para la Detección de
Violencia contra las Infancias

FLORA TRISTÁN PARA COLOREAR



Entendiendo, acompañándome, me hizo la última pregunta:

- ¿Alguien te ha golpeado o herido? ¿Quién?

Respondía, pero tenía miedo de que se enojara o hiciera algo con mis respuestas que yo no quisiera, aun así, respiré, tomé valor y junté detalles, para poner sobre la mesa toda la verdad, toda mi verdad.

Cuando terminé, hubo un silencio absoluto, después golpeó la mesa tres veces y nadie pareció escuchar.

<<Todas las venganzas llegarán, envueltas en estallido social>>, dijo.

Mis compañeros seguían llegando y la maestra comenzó a leer en voz alta las aventuras descritas por Julio Verne. El cielo no quiso amanecer, pero tuvo que forzarse a hacerlo, dejando ver los rayos del sol, que desvanecieron a Flora, lentamente, en el aire frío de la mañana.

Escuchó con atención mi respuesta y esperó para ver si continuaba diciéndole algo más. Tardé en reaccionar y recordar para responder, pero lo que se me vino a mi mente, lo expresé tan detalladamente como pude. No satisfecha, me miró y dijo:

- ¿Alguien te ha hecho guardar un secreto inapropiado, relacionado con alguna parte íntima del cuerpo? ¿Quién?

Mis respuestas, hacían que su rostro se alterara, manifestando las emociones que le producía mi relato. Parecía no tener tiempo y estar diseñada para irse pronto, rápido como un segundo. Al mirarle, sabía que podía confiar en ella.

- ¿Cuál es ese secreto?

Mi lugar siempre fue el último puesto de la sala. Pese a que no era una sala muy grande, el último puesto siempre queda muy atrás.

Había una estantería con algunos libros, de la que tenía que cuidarme para no golpearme en la cabeza y la mitad de la sala era una gran ventana, que apenas dejaba ver los pies y las piernas de quienes se atrevieran a transitar entre las plantas cultivadas.

Me daba miedo mirar para afuera, especialmente cuando recién llegábamos en la mañana. En invierno, por ejemplo, que todavía es de noche cuando la maestra empieza con la clase, yo percibía movimiento en las afueras.

Habían contado historias sobre aquella plaza, la que queda justo detrás de la escuela, subiendo por un cerro empinado, pero yo no las había creído hasta aquel día.

Aquel día, en mi último puesto de la sala, cuando todavía era de noche, la maestra estaba comenzando a dar la clase y el resto de mis compañeros comenzaba a llegar, la vi.

Primero se me presentó como una sombra.

Luego claramente vi su cuerpo, el rostro pálido, las manos, el cabello negro y rizado. Me dejó sin aliento.

Pasó un tiempo hasta que supe quién era ella. Nunca me dijo su nombre, pero en la inscripción de la plaza se podía leer claramente: Flora Tristán.

Investigué y pude reunir cierto tipo de información. Supe que nació en París, a mediados del mil ochocientos, pero su padre era peruano.

Ella fue una de las fundadoras del feminismo, que antes que el propio Marx, detectó que entre las clases trabajadoras, existe un personaje doblemente oprimido: la mujer explotada. No recibió un buen trato.

Fue tratada de objeto sexual vagabundeando por Europa y convertida en paria. Flora, la gran fundadora, relegada por la historia, invisibilizada, golpeada por todo tipo de violencias.

Nadie supo cómo llegó allí, pero no es la única. Habrá unas diez inscripciones más.

Sobre el pasto, descansan unas pequeñas lápidas que anotan sus nombres. Sabemos que cuando nos sentamos en las bancas, corremos, o hacemos algún círculo de luz, bajo nuestros pies, hay un verdadero cementerio ancestral, en donde por alguna razón que nadie conoce, la instalaron a Flora.

Tal vez la trajeron para esconderla del olvido. Por aquí, muy cerca, hay un puerto, pudieron traerla los navegantes, cuidándola, guardándola como un secreto. Tendría que haberle preguntado, pero no me dio tiempo, fue ella quien hizo todas las preguntas.

Al principio tuve miedo, pero en cuanto se acercó, comencé a sentir tranquilidad. Ella quería saber si a mí me había pasado lo mismo. Primero me miró y movió sus labios para decirme:

- ¿Cómo te llamas?

Contesté como pude, con las palabras saliendo de mi boca, difícilmente. Después, respirando un aliento invisible, siguió preguntando:

- ¿Qué es lo peor que te ha pasado?
